

Fué volando en el silencio taciturno de los mundos
A posarse en una tierra vaga y gris,
Allá lejos, a un país
Que albergó bajo su cielo tu lejana juventud;

¡Blanca luna americana que velaba tu agonía..
Pero tu alma era aquel cisne que cantaba todavía
Bajo el cielo de París!

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG.

Lazo fúnebre.

Para el funeral lírico de Rubén Darío.

Porque fuiste, sin duda, el alma-verso,
Copa de Dios celestemente llena
Para los que adorando el Universo

Tienen la angustia por cordial regalo,
Sufren el mal de una excesiva pena,
Dan en ser buenos cuando todo es malo...

Porque fuiste, sin duda, el que tocara
 Mejor el corazón de los mejores,
 Hombre del verso claro y alma clara,

Del verso que era como un sello rosa
 Para los labios en que los dolores
 Ponían una curva fatigosa...

Porque en la hora del poema diste
 La dulce nota de la angustia breve
 Y el hondo soplo del eterno triste;

La nota ambigua del sensual pagano
 Que se complica en este tiempo aleve
 En hombre azul de corazón cristiano...

Porque siendo de Dios y de la tierra
 Diste la humana nota y la divina,
 Y siendo amor fuiste clarín de guerra...

Y era en tu trova la solar blancura
 Y era también la áspera sal marina,
 La cumbre azul y la paloma pura.

Púlpito y mar, o sacerdote y ola,
 La trova fija y el amor mudable
 Eran en ti como una nota sola;

Y eras también el misterioso barco
 Cuya cruz se levanta a lo inmutable,
 Aunque en la plena mar describa un arco.

Y eras también — ¿a qué decirlo? — el Grande
 En la América virgen y precaria,
 A la que hablaste por que surja y ande.

Nos dijiste que el verso purifica,
 Que la noción de Dios es necesaria
 allí donde el poder se multiplica...

Y nos dijiste el mal de la sospecha
 De las divinas cosas de lo alto
 Que nos deben cruzar como una flecha,

Como una flecha solarmente fuerte
 Que haga de nuestra carne un sobresalto
 Que por gloria de Dios fine en la muerte!

Y nos dijiste más : morir es bueno
 Cuando pesa el amor, cuando el latido
 Ya por nunca jamás será sereno;

Y eras así, colmado de pasiones,
 El ansia dolorosa del olvido,
 El deseador de inmensas ilusiones!

Llegaste a la magnífica elocuencia
 De que tu angustia fuese en menor parte
 Por que fuese mayor la transparencia,

Y así, deseando reducir tu duelo
 Conseguiste a la vez un cálido Arte
 Y un alma azul como la tiene el cielo!

¡Cuánto dolor pudiste dar en verso
Y no lo diste, cuánto! Preferías
Extenderte a mirar el Universo,

Perdonando a los falsos eruditos
La exactitud de todas sus teorías
Acerca de problemas infinitos...

¡Y si te hicieron mal! Pero tu rosa
Guarda la espina bajo la hoja ardiente,
Y ya vendrá el del alma cautelosa

Que encuentre en ti más que poesía
Y así lo clame a la futura gente
Ávida de otro mundo y de otra vía...

JUAN PEDRO CALÓU.

Febrero 15, 1916.

A Darío.

Padre Rubén, maestro cuya lira armoniosa
Supo toda la gama sutil y misteriosa
Del verso alado y musical;

Que llevaba en sus cuerdas no escuchadas cancio-
Prosas profanas y místicas oraciones [nes,
En connubio sentimental.

Poeta entre poetas, maestro de maestros,
Privilegiado numen entre fúlgidos estros,
Esclarecido rimador:

Por ti el viejo romance luce con nuevo brillo,
 La gesta del trovero y el culto caramillo
 Cobran mirífico esplendor.

Por ti el imperio vasto del grande Moctezuma
 Revive tradiciones de fiereza; tu pluma
 Las lleva a lejano confín,

Y en las notas guerreras de tu pífono heroico
 Resalta más el gesto despectivo y estoico
 Del muy noble Cuauhtemotzín.

¡Oh sagrado aborigen, tu caracol bronceo
 Sugiere no el acanto, ni el laurel apolíneo,
 Para tu frente de inmortal!

Que huyan las canéforas; se esconda el coro trágico
 Y llegue el hierofante con el penacho mágico [co,
 Hecho de plumas de quetzal.

Ancianos nobilísimos, en la calma nocturna,
 Circunden reverentes tu cineraria urna
 Cantando estrofas de loor,

Y núbiles doncellas, agitando ayacaxtles,
 Tejan vistosas danzas mientras los teponaxtles
 Acallan su sordo fragor.

Lentamente desfile la sombría cohorte
 De poetas, y en duelo cada uno te aporte
 Su lira rota, paladín,

Y si curioso Pan en el contorno acecha,
 Tezcatlipoca lance tal mortífera flecha
 Que a sus desmanes ponga fin...

Y huya el hijo de Driope buscando a las Castáli-
 Por sus carnes seniles, temblorosas y pálidas [das...
 Corre calosfrío letal,

Y lleva en las pupilas, como visión caótica,
 Los símbolos de nueva mitología exótica
 En pugna con Hades fatal;

Mas en vano recorre, tal espectro noctívago,
 Los ámbitos del bosque rumoroso y undívago,
 Lanzando gritos de dolor;

Por doquiera descubren sus ojos cadavéricos
 Una sombra gigante, de perfiles homéricos,
 Que fulge como resplandor.

CARLOS BARRERA.

Cristiania, 6 de octubre de 1916.

Responso a Rubén.

Padre y maestro mágico; visionario celeste;
Eglógica zampona o caramillo agreste;
Rotundo y épico tambor;

Huracán desatado o céfiro suave;
Argonauta del verso enfilaste tu nave,
Hacia las playas del amor.

Que el cuerpo en que habitara tu lírica paloma
No se convierta en polvo de fúnebre carcoma
De tu sepulcro en la mansión;

Que bajo el limpio cielo de la Grecia riente
 Ardan los blancos cirios de tu capilla ardiente
 Dentro del mismo Partenón.

Que la diosa de diosas, la solemne Atenea,
 Guardia y ornato a un tiempo de tu sepulcro sea,
 Y llanto vierta sobre ti;

Que en atrios y metopas, en columnas y frisos,
 Vierta su henchida crátera el pródigo Dionysos
 Y Anacreonte beba allí.

Que si el tronco robusto de tu vida preciosa,
 Lachesis, Cloto y Atropos derriban en la fosa,
 Ciegas por bárbara crueldad,

Las tres hijas de Zeus, Aglae, Talía, Eufrosina,
 Te ofrezcan de sus gracias la armonía divina,
 Llenas de ritmo y majestad.

Que si los castos mármoles del regio mausoleo,
 Las cenagosas aguas del obscuro Leteo
 Quieren manchar y obscurecer,

El mítico Pegaso sus furias encadene
 Y haga brotar de nuevo la fuente de Hipocrene
 Para que allí puedas beber.

Que faunos y centauros, ninfas y coribantes,
 Sátiros y silenos, nereidas y bacantes
 Dancen en torno al panteón,

Y que, al tender la noche sus peplo milagroso,
Entre besos y risas, un ruiseñor celoso
Lance a los vientos su canción,

Galopar de centauros en las espesas frondas,
Blancas carnes de ninfas entre las verdes ondas,
Risas de agua y de cristal;

Caracolas marinas y clarines triunfales,
Repicar de campanas y fluir de panales,
Labios en flor, flor de rosal.

Surque las turbias aguas del trágico Aqueronte,
La funeraria barca que conduce Caronte
Hacia el reinado de la luz,

Y miren nuestros ojos que, en el bogar ligero,
¡La estela del navío y el remo del barquero
Trazan la seña de la cruz!

MANUEL DE GÓNGORA.

Las Musas a Darío.

Porque has hecho que el Verso, como efebo rosado, dan-
En las lirás de luz de la Aurora, magnífico y diestro, [zara
Coronando las rosas de tu vida profunda y preclara
Con la música inmensa que ha vertido en los siglos tu estro;

Porque amabas la luna, ¡dulce isla eucarística y rara!
Y eras áspero y tierno, como rosa vestida de hierro, y tan
- [nuestro
Que tu voz era nuestra, Gloria de alas eternas ampara
Tus poemas, tu nombre y la flor de tu estro, Maestro!

Tu corazón ha muerto, ¡rubí triste de arder fatigadol...
En las aguas oscuras de sus negros países, la Muerte
Matar quiere los cisnes de tus lagos, ¡oh claro Señor!...

Ella cubre tu vida, como un vasto oceano enlutado;
Mas en vano: tu alma sobrenada y su canto se advierte
Como un coro de cisnes en un Himno de Vida y de Amor.

EMILIO BAQUERO LAZCANO.

Epitafio.

Como cuando viajabas, hermano, estás ausente,
Y llena está de ti la soledad que espera
Tu retorno... ¿Vendrás?... En tanto Primavera
Va a revestir los campos, a desatar la fuente.

En el día, en la noche... Hoy, ayer... En la vaga
Tarde, en la aurora perla, resuenan tus canciones.
Y eres en nuestras mentes y en nuestros corazones
Rumor que no se extingue, lumbre que no se apaga.

Y en Madrid, en París, en Roma, en la Argentina
Te aguardan... Dondequiera tu cítara divina
Vibró, su son pervive, sereno, dulce, fuerte...

Solamente en Managua hay un rincón sombrío
Donde escribió la mano que ha matado a la Muerte:
—Pasa, viajero; aquí no está RUBÉN DARÍO.

MANUEL MACHADO.

Elegía a la muerte del maestro.

Una siringa, y un tirso y un estro
Cubren la tumba del alto maestro
Padre Rubén, padre Rubén...

Y una elegía, que cruza los mares,
Lleva la angustia que tantos lugares
Lloran por él, lloran por él...

Dió en Nicaragua a la tierra tributo...
Numen y Apolo se visten de luto
Por el cantor, por el cantor...